

MONICO

El Nacional
27 octubre
1957

GALLEGOS,

Falsificador y Falsario

-I-

Sí... yo acuso a Mónico Gallegos de falsificador y de falsario. Atribuir a alguien actos inexistentes o a las cosas cualidades inadecuadas, debe estar penado por la ley. Hacer objetos de valor aparente y afirmar imposibles, son hechos cuya equivalencia es esta: falsificar la realidad, cultivar el engaño. Pues bien, toda la vida de Mónico Gallegos se nos presenta bajo estos dos punibles aspectos; no hay nada auténtico en la existencia de Mónico: Su persona física no fue sino un fraude al vigor; su mentalidad, un capricho de la naturaleza concreto en una deformación; su alma —si es que el alma existe— un anacrónico misterio. Careció de riqueza por falta de capacidad aprovechadora. Su conducta fue la de un maniático. Su ideal, una quimera, una alucinación; su porvenir, ya lo veis, ha llegado con su muerte y podéis conocerlo plenamente abriendo una sepultura antigua. ¡Todo en tal hombre fue transitorio y feo como sus trajes siempre sucios; todo en él poco firme como su paso lento y quedo. Nada nos deja, sino un raquíctico recuerdo al cual me opongo.

Si como persona física constituyó un mal ejemplo que no debemos seguir, como intelectual fue un parásito inútil y como maestro un ser estrañalario. Además, siempre saturó de odio sus actos: No usaba las palabras que todos usamos; procuraba saber cosas que nosotros no sabemos; le repugnaba pasear a la hora en que nosotros paseamos y —más aún— sus pasos revelaban el deseo de no pisar la tierra que pisamos. Cuando ambulaba por nuestras calles, tres horas antes del alba, monologaba en idiomas desconocidos y se dirigía a las estrellas llamándolas con nombres de mujer, mientras en otras ocasiones, daba atributos de estrella a mujeres cuyos nombres le parecían —qué absurdo!— musicales. No estoy de acuerdo con don Rubén Romero que lo llamaba "incomprendido", porque ese juicio es de-

Por Manuel LOPEZ PEREZ

Don Mónico Gallegos fue un humilde y popular maestro de instrucción primaria, que se hizo notar sobre todo por sus inocentes excentricidades y que aleccionó a varias generaciones michoacanas. (N. de la R.).



87

53
pag

27 de octubre 1957.

Mónico Gallegos,...

con relojes es el único que existe para ti. El tiempo-vida, que diría Heidegger, hasta muy tarde lo conocerás. En suma, no has juzgado bien a Mónico, porque, respecto a su odio, te equivocates: Fue profundamente piadoso. Por eso te pareció estafalario. Por piedad, cambió el nombre a las cosas dolorosas o feas, para quitarles la fealdad, el dolor o la capacidad de producirlo, hasta donde fuera posible. Como maestro, enseñó doctrinas positivas, ideales firmes. ¿No lo viste aconsejando a los niños honrar y respetar la vieja y desusada bandera de lo heroico? Con ello exhalaba el amor a la tierra, porque la patria —predicó Chateaubriand— se encuentra entre la inmovilidad de la tumba y el vaivén de la cuna, entre la tierra que guarda los huesos de nuestros antepasados y la que sostiene a nuestros hijos cuando juegan, mostrándonos en sus ojos el porvenir; el amor a los hombres, la aspiración a la inmortalidad. No niegues lo que no conoces. "Lo insosnable llaman los peces a las regiones profundas en que no pueden penetrar". Tú, Sancho, eres como los peces, cuando pretendes juzgar a Mónico Gallegos, amo y señor de "las horas más silenciosas".

Así habló el Caballero de la Triste Figura, pero nadie lo escuchó, porque ya el salón del Tribunal del Sentido Común estaba vacío. Solamente Sancho lo miraba sonriendo bonachonamente, con rústica malicia.

88

masiado piadoso, y la piedad, casi siempre, es un peligro. ¿Cómo tolerar que se llame "polígono pentagonal en vuelto en listoncillos silvestres", a una curunda? ¿Por qué hemos de permitir que se llame a un carbonero, "rústico morador de las selvas umbrías, que expende madera calcinada conducida sobre los omópatlos pacientes de un posillino"? ¡No, mil veces no! Es un afán de esquizofrénico calumniar lo que los sociólogos llaman función mental colectiva, aludiendo al lenguaje. Se trata con ello de postular el irrealismo, de predicar la muerte, y quien tal hace, la merece. Mónico enseñaba que era bueno llamar a las mujeres con nombres de flor; aseguraba que "la mujer, la fuente y la flor eran hermanas"; hablaba de amor en forma tonta y rara, y al hacerlo, pronunciaba palabras extrañas como Diótima, Safo, Alcibiades, Sócrates, Platón, Magdalo, Rabí. Mónico Gallegos es, pues, un falsario y un falsificador. ¡Pido que condenemos a muerte su memoria!

Tal fue el discurso que Sancho Panza pronunció ante el Tribunal del Sentido Común, y fue muy aplaudido por los hombres normales. Vibraba en el ambiente algo como el eco de un sonoro rebuzno; el Rucio festejaba a su amo.

- II -

¡Malum Signum, Malum Signum! Mal anda el mundo, Sancho, puesto que tu palabra es la señal de este tiempo: tú eres sacerdote que predica, gobernante que manda, maestro que enseña, fiel que reza, ciudadano que obedece, discípulo que aprende. Todo lo eres, viejo amigo, y con todo, tu majadería no mata mi esperanza. Ahora, has acabado de hablar, diciendo en un mínimo de tiempo un máximo de disparates. Afortunadamente, el destino unió nuestras vidas y lo qué tú haces mal, he de enmendar yo, hasta que seas confirmado como caballero del ensueño con los óleos sagrados del quijotismo. Si no ves claro esto, recuerda que en aquella historia que de nosotros escribió Cervantes, yo, antes de morir, me retracté de mi locura, mientras tú descendiste —dicen, pero yo aseguro que ascendiste— a ella, ocupando mi lugar. Tú, Sancho, nunca fuiste mi antagonista, sino mi piedra de toque. Por eso Cervantes que me traicionó al atribuirme una ciudicación al narrar mis últimos momentos —nunca pudo encontrarme más indefenso para su propósito— deseando complacer al cura y al barbero, cayó en su propia trampa: queriendo matar mi locura la hizo inmortal; haciéndola

desaparecer de mí, te ungí con ella, sin tener en cuenta tu falta de madurez y virtud para tal sacerdocio. ¿Recuerdas? Cuando él dice que yo abominaba de haber sido caballero andante, cuénta que tú me invitabas a ser pastor. Ahora escucha y date por reprendido: Hay pupilas como las de las águilas y las de los cóndores, que resisten retadoramente la mirada del sol, porque en ellas vibran las supremas energías ígneas de esa estrella. Hay también inteligencias que resisten grandes claridades, porque en ellas vibra la esencia inteligente de Dios. De esas era la de Mónico con todos los que tú has llamado sus vicios. Sin ellos, te hubiera cegado como ciegan los rayos solares. Sus defectos fueron como el humo que opaca el vidrio que permite observar la gran estrella, al medio día; como la espina que defiende a la flor coexistiendo con ella. La

sombra nocturna permite la contemplación de los luceros que condecoran el cielo. Desconoces los idiomas que el maestro hablaba, porque no sabes a qué tiempo correspondía su pensamiento. Dicen que las flores son almas de mujer que esperan un cuerpo para animarlo, y que las estrellas son las "sombra" de las mujeres que lograron escalar los cielos del amor elevado. ¿Por qué, pues, te extraña qué llamaría a las estrellas con nombres de mujer y diera a las mujeres atributos de estrella?

No estés tampoco seguro de que "hablaba solo". A su lado caminarían tal vez, amables fantasmas. Quizá dialogaba con las sombras sutiles —invisibles para ti—, de Safo, de Santa Teresa o de Sor Juana. Probablemente, cuando hablaba de amor, lo rodeaban las egregias figuras de Diótima de Mantinea, de Sócrates o de Platón. Críticas, por otra parte, su carencia de fuerza, sin saber qué es la fuerza y que de nada sirve si no la conducen los ideales, y cuando llamas a su alma un misterio anacrónico, ignoras que los misterios, como tú los concibes y enfrentas, son eternos. Al hablar de su pobreza, desconoces que son distintos el éxito y el triunfo de la virtud. Te molestó lo "lento y suave" de sus pasos, y sin embargo, "los pensamientos que vienen con pies de paloma son los que rigen al mundo". Cuando ironizas su traje, no recuerdas que no es lo que el hombre lleva encima lo que puede degradarlo, sino lo que hace, y llamas quimera a su ideal, como si hubieras logrado "penetrar su vida, comprender su embeleso". No, Sancho, no comprendiste su mentalidad y su porvenir no lo conocerás siguiendo las vías que elegiste, porque el tiempo que se mide

89